

823
H



PR5774

F6

SG

v. 2

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad del Editor

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LIBRO SEGUNDO

LA HERAGLEOFORBIA EN LAS POBLACIONES

CAPITULO PRIMERO

LA LLEGADA DEL ALIMENTO

I

Nuestro asunto, que se inició tan modestamente en el cuarto de estudio del profesor Bensington, se ha ido distribuyendo y diseminando tanto, que, al tomar diversos rumbos, constituye desde ahora una verdadera historia de expansión. Observar el proceso del alimento de los dioses es lo mismo que seguir las ramificaciones de un árbol que está constantemente echando ramas nuevas. En corto tiempo, en la cuarta parte escasa de la vida de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Enfo 1625 MONTERREY, MEXICO

un hombre, se extendió el alimento por todo el mundo, aumentó desde su primera aparición en la pequeña finca de Heckleybrow, y se fueron multiplicando los informes acerca de la heracleoforbia, á medida que el misterio de su poder se hacía más impenetrable. Por Inglaterra se esparció con gran rapidez; luego pasó á América; se extendió por el continente europeo; llegó al Japón y á la Australia; en una palabra, recorrió todo el mundo, pero yendo siempre despacio, por sendas tortuosas y venciendo toda clase de resistencias. A pesar de todos los prejuicios, de todas las leyes y de todas las disposiciones reguladoras; á pesar de los más obstinados procedimientos conservadores, que constituyen el fondo del orden formalista de la humanidad, el alimento de los dioses, puesto en marcha, seguía progresando sutil é invenciblemente.

Los hijos del alimento seguían aumentando sin cesar á través de los años, siendo este el fenómeno principal de aquel tiempo; pero fueron las mermas y evaporaciones del alimento las que formaron su historia. Los niños que habían tomado la comida crecieron, y pronto hubo otros niños que crecían del mismo modo; así es que todos los buenos propósitos del mundo no pudieron evitar pérdidas y más pérdidas: la substancia se obstinaba en filtrarse con la terquedad de un ser vivo.

La harina mezclada con el alimento se secaba con el calor, convirtiéndose, como si lo hiciera in-

tencionadamente, en polvo impalpable, que se levantaba y volaba al soplo de la más ligera brisa. Así es que, unas veces era un insecto desconocido el que adquiría temporalmente un desarrollo fatal, otras, estallaba alguna nueva irrupción de ratas ú otros bichos habitantes de las alcantarillas. Durante algunos días tuvo que luchar el pueblo de Pangbourne, en Berkshire, contra una invasión de hormigas gigantes. Tres hombres que fueron picados por ellas, murieron; se produjo un pánico horrible, y se entabló lucha desesperada hasta dominar aquella calamidad.

Pero esta calamidad dejaba tras de sí algo, allá en las obscuridades de la vida, que había cambiado para siempre. De pronto surgió un crecimiento velocísimo de hierbajos y una impetuosa diseminación por el mundo de monstruosos cardos, de cucarachas contra las que la gente tenía que defenderse á tiros, de moscas colosales...

Hubo luchas tremendas y desesperadas en la obscuridad; el alimento hacia héroes en la causa de los pequeños, y los hombres tomaron aquello como una fatalidad de la vida, que fué combatida con expedientes de momento y diciéndose unos á otros «que no había cambiado en el orden esencial de las cosas». Pasado el primer gran pánico, Caterham, á pesar de su poderosa elocuencia, quedó reducido á una personalidad secundaria en el mun-

do político y, en opinión de las gentes, como un propagador de ideas extremas.

Únicamente con el tiempo y muy despacio, fué como Caterham consiguió abrirse camino para una posición importante en los asuntos. «No hay cambio en el orden esencial de las cosas», repetía con aquel eminente *leader* del pensamiento moderno, que se llamó doctor Winkles, y hasta los demagogos de lo que en aquella época se titulaba *liberalismo progresivo*, se ponían sentimentales al considerar la falta esencial de sinceridad de su *progreso*. Sus sueños se reducían, al parecer, á las naciones pequeñas, á los idiomas pequeños, á las familias pequeñas que habitan pequeñas fincas. La moda estaba por lo pequeño, por lo precioso. Ser grande, *era ser vulgar. Delicado, pequeño, bonito, miniatura y perfectamente diminuto*, eran las palabras sacramentales de aprobación crítica. Entre tanto, sigilosamente, con el factor del tiempo tan generoso con los niños, los hijos del alimento entraban en un mundo que tenía que modificarse para recibirles; aumentaban en fuerzas, en estatura, en conocimientos, llegando á ser individuales y á estar llenos de iniciativas, alcanzando las dimensiones á que los llamara su destino. Al principio, parecían ser una parte natural del mundo. Sí, aquellos trastornos de naturaleza física parecían formar parte de él, y la gente se admiraba de cómo habían sido las cosas antes de su tiempo. Oyeron

las gentes historias de lo que hacían los muchachos gigantes, y dijeron: «¡Admirable!» sin el mayor asomo de extrañeza, sin la menor admiración.

Los periódicos populares hablaban de los tres hijos de Cossar refiriendo cómo aquellos niños asombrosos levantaban grandes cañones, arrojaban enormes masas de hierro á centenares de metros, y daban saltos de doscientos pies de altura. Se decía que estaban haciendo un foso más profundo que ningún foso ó mina de los conocidos, en busca de tesoros escondidos en la tierra desde la Creación. «Estos niños — decían los periódicos, — nivelarán las montañas, echarán puentes sobre los mares, y agujerearán la tierra como un panal». «¡Admirable!» — decía la gente pequeña. — «¡Qué abundancia de comodidades y conveniencias llegaremos á tener!»

Y seguían en sus asuntos como si no existiera en el mundo el alimento de los dioses.

En realidad, estas cosas eran sólo los primeros avisos y promesas del poder de los hijos del alimento... ¡Aun era sólo el juego de los niños, el primer empleo de una fuerza no producida por efecto de un propósito! Ellos mismos no se tenían por lo que eran: parecían niños de una raza nueva, que iban creciendo lentamente. Y como el poder de aquellos gigantes aumentaba de día en día, la voluntad gigante debía desarrollarse en un propósito y tender á un fin.

Considerados en el tiempo, aquellos años de transición tuvieron la cualidad de ser un solo y continuado suceso; pero la verdad es que nadie vió así la llegada de los gigantes al mundo, como tampoco vió nadie como un sólo suceso la decadencia y caída de Roma hasta que pasaron muchos siglos. Los que vivieron en aquellos tiempos se hallaban demasiado cercanos á estos desenvolvimientos para que los consideraran reunidos formando un todo; les parecía hasta á los mismos sabios, que la comida daba únicamente al mundo una cosecha de rebeldes é inconexas aplicaciones que sólo podrían agitar y turbar el orden establecido de la humanidad; pero nada más.

Para un observador, lo más admirable de todo aquel período de fuerza acumulante, es la invencible inercia de una masa tan grande de gente, la tranquila persistencia en todos los que ignoraban tan enormes cosas, y la esperanza, que aumentaba en los que las conocían, de otras cosas aun más enormes. Lo mismo que los grandes ríos que se despeñan pero están tranquilos y con apariencias de mayor calma en el mismo borde de la catarata, así cuanto hay de más conservador en el hombre, parecía asentarse en una ascendencia serena en los últimos tiempos á que el alimento había llegado.

La reacción se hizo popular: se habló de la bancarrota de la ciencia, de la muerte del pro-

greso, del advenimiento de los mandarines; se habló de todas esas cosas cuando resonaban ya las pisadas de los hijos del alimento. Las jactanciosas é imbéciles revoluciones de otros tiempos, las masas enormes de gentezuela estúpida destrinando á un monarca tonto y pequeño como ellos, y otros sucesos análogos, habían pasado para siempre: lo único que no había muerto era la transformación: sólo la transformación seguía transformándose.

Lo nuevo llegaba con su estilo propio y este se hallaba fuera del alcance de la vulgar comprensión del mundo. Hablar minuciosamente de su llegada sería escribir una gran historia, pues en todas partes se veía una cadena paralela de acontecimientos; pero referir su llegada á un sitio determinado, es referir parte del conjunto. La casualidad hizo que una semilla volante de la inmensidad, cayera en el bonito y pequeño pueblo de Cheasing Eyebright, en Kent; procuraremos relatar la historia de su extraña germinación y la trágica pequeñez de que fué origen, siguiendo un simple hilo, como para mostrar la dirección en que todo aquel grande y complicado tejido se fué desarrollando en el telar del tiempo.

II

Cheasing Eyebright tenía, naturalmente, su vicario. Hay vicarios de vicarios, y entre todos los de la clase, prefiero un vicario innovador; en cambio, me gusta menos un vicario reaccionario, progresivo y profesional. El vicario de Cheasing Eyebright era uno de los menos innovadores; un hombrecillo digno, metido en carnes, maduro y de espíritu conservador...

Pero necesitamos dar un paso atrás en nuestra historia para hablar de él. Ustedes recordarán la escapatoria de la señora Skinner, llevándose consigo el alimento sin inspirar sospechas á nadie.

El pueblo tenía bajo la luz poniente su mejor golpe de vista. Se extendía en un valle, bajo los bosques de hayas del Hanger, formando un conjunto de casitas con tejados de paja ó de encarnadas tejas; casitas con sus pórticos enrejados y sus fachadas de líneas airosas, que se iban estrechando entre sí á medida que la carretera bajaba, desde la iglesia al puerto.

La casa-vicariato sobresalía algo por entre los

árboles detrás de la fonda, con su frente de la época de los Jorges, desquebrajado por el tiempo. El campanario se elevaba alegremente en la hondonada del valle, al pie de las colinas.

Una corriente serpenteando, una estrecha faja de color azul celeste y espuma que brillaba entre la espesura de los cañaverales, helechos y sauces llorones, dividía por su centro una sinuosa tira de prados. La perspectiva, en conjunto, dejaba ver la cualidad especial inglesa de un maduro cultivo, con el aspecto de todo lo que está bien y tranquilo.

El vicario también parecía maduro. Era meloso por naturaleza y hábito, como si hubiera nacido de padres dulzones, hasta que llegó á ser maduro y jugoso mozalbete. Se comprendía, aún antes de decirlo él, que había sido educado en un colegio de esos aristocráticos, llenos de hermosas tradiciones, pero sin laboratorio químico, y que desde él había pasado á un venerable instituto del más puro estilo gótico. El vicario tenía pocos libros que no acusaran una antigüedad remontísima, y dichos libros y una colección de sermones premetodistas, constituían la parte más importante de su biblioteca. El vicario era hombre de regular estatura, más bien alto que bajo; su cara, dulzona en sus mocedades, se había vuelto respetable con los años; no usaba cadena de reloj y sus modestos trajes talares estaban hechos por un sastre del West End de Londres.

Sentado en el suelo y con las manos puestas en los tobillos contempló el pueblo con beatífica satisfacción, y alzando luego una mano como para saludarle, exclamó:

—Estamos perfectamente situados: nos encontramos en la fortaleza que ofrecen estas colinas, fuera de todo *eso*.

Debemos advertir que en aquel mismo sitio habían estado hablando él y un amigo suyo, de los horrores del siglo, de los automóviles, de la invasión norte-americana, de las lecturas del público, y de la absoluta desaparición del gusto.

—Estamos fuera de todo *eso* — repitió, y al pronunciar por segunda vez aquella frase, oyó pisadas de alguien que se acercaba, volvióse, y miró.

Figurémonos ver avanzar con paso inseguro á la vieja Skinner con un bulto entre sus manos huesudas; con la nariz, que resumía todas las acciones de su rostro arrugado; con un huerto de amapolas por sombrero, oscilando al compás de su marcha, y con los zapatos blanqueados por el polvo, cuyas puntas señalaban alternativamente puntos diametralmente opuestos al asomar por debajo de unas faldas bastante cortas, y por último con un miserable paraguas debajo del brazo.

¿Cómo había de imaginarse el vicario que aquella figura grotesca era, en lo que se refería á su pueblo, la casualidad fructífera, lo imprevisto, la hechicería, lo que los débiles apellidan Destino,

lo que para nosotros no era más que la señora Skinner?

Como la vieja llevaba sobre sí demasiada carga para hacer reverencias, hizo como que no vió al vicario ni á su amigo, y pasó á tres varas de ellos, camino de su pueblo. El vicario se quedó silencioso observando su paso lento y madurando una reflexión; para él no tenía importancia alguna aquel incidente. Las viejas *aere perennius*, han llevado bultos desde que el mundo es mundo.

—Estamos fuera de todo *eso* — dijo otra vez el vicario. — Vivimos en una atmósfera de cosas sencillas y perdurables; nacer y trabajar, esto es, sembrar y recojer. Lo que aturde pasa por nuestro lado.

El vicario se jactaba de lo que él denominaba cosas perdurables ó cosas permanentes.

—Las cosas cambian — solía decir, — pero toda la humanidad *aere perennius*.

Así era el vicario. Le encantaban las citas clásicas, inhábilmente aplicadas. Algo más abajo la señora Skinner, sin elegancia alguna, pero con resolución, se había metido decididamente en el cercado de Wilmerding.

III

Nadie sabe lo que hizo el vicario con los hongos gigantes y huecos. Sin duda alguna él fué quien primero los descubrió. Estaban esparcidos á ambos lados del sendero entre el montecillo cercano y el final del pueblo, sendero que él recorría diariamente en su paseo higiénico. Los hongos eran **unos treinta en total**. El vicario se quedó mirándolos varias veces, y no pudo resistir al deseo de pincharlos una ó dos con su bastón.

Un día trató hasta de medirlos con sus brazos; pero estalló uno de los hongos al sentir su abrazo.

Habló de ellos á varias personas, y les dijo que eran «¡Maravillosos!»; les refirió la tan conocida historia de la losa de piedra que saltó del suelo de una bodega á impulso de los hongos que crecían debajo, y consultó su Sowerby para ver si serían *Lycoperdon coelátum* ó *gigánteum*, como todos los de su especie.

Profesaba la teoría de que *gigánteum* era un nombre mal usado. No se sabe si el vicario se fijó en que aquellas blancas esferas brotaban en

el camino que siguió la vieja el día anterior, ni si se dió cuenta de que las últimas de la serie se hincharon á una veintena de varas de la puerta de la casita de Caddles. Si notó aquellos detalles, no consta que anotara semejantes fenómenos en sus anales. Su observación en asuntos botánicos, era de las llamadas por las gentes científicas de clases inferiores, *una observación disciplinada*, es decir, de las que buscan ciertas cosas definidas y descuidan todo lo restante. Tampoco hizo nada para encajenar este fenómeno con el notable desarrollo del niño de Caddles, que aumentaba considerablemente hacía unas semanas, esto es, desde que Caddles hizo una visita á su suegra un domingo por la tarde, y oyó fanfarronadas del desaparecido Skinner sobre su modo de criar gallinas.

IV

El crecimiento anormal de los hongos, al compás del desarrollo del niño de Caddles, hubiera debido abrir los ojos al vicario. El último hecho lo había tenido ya entre las manos cuando el bautizo: el recién nacido había berreado á más y mejor al recibir el agua fría que sellaba su divina herencia y el derecho de llamarse «Alberto Eduardo Caddles».

Aquel niño era ya una carga excesiva para los brazos maternos, y su padre tuvo que dirigir los pasos vacilantes de su primera edad, con trabajo, pero con sonrisa triunfal al contemplar las ansias de los otros padres.

—Nunca vi un niño igual — decía el vicario.

Y aquello fué la primera indirecta pública de que el hijo de Caddles, que había empezado su carrera terrenal con un peso inferior á siete libras, había de dar crédito á sus padres. Al poco tiempo, se vió que no se conformaba con darles únicamente crédito, sino que era la gloria de sus padres. Y, por último, al mes, esta gloria bri-

llaba de tal modo que era ya una inconveniencia para gentes de la posición de los Caddles.

El carnicero pesó al niño once veces. Era hombre de pocas palabras y pronto las pronunciaba. La primera vez dijo únicamente:

—Es de los buenos.

La segunda se le oyó decir:

—¡Palabra!

Y la tercera.

—¡Va bien, señora!

Después de lo cual sopló con fuerza, se rascó la cabeza y contempló su balanza con un recelo sin precedente. Todos acudían á ver al *niño grande*, como le llamaban generalmente. La mayor parte decía:

—¡Es un fantasmón!

Y muchos preguntaban:

—¿Pero es de veras?

La señorita Fletcher fué á verlo también y dijo «que ella nunca había hecho eso», lo que era muy cierto.

La señora Wondershoot, que era el tirano del pueblo, llegó al día siguiente del tercer repeso é inspeccionó con detención al niño-fenómeno á través de sus impertinentes, produciéndole á la criatura un terror que se tradujo en gritos.

—Es un niño de un tamaño excepcional — le dijo á la madre en tono doctrinal y solemne. — Tendrá usted que atenderle con gran cuidado,

Caddles. Es natural que no siga creciendo así, puesto que le cría usted con biberón; pero haremos lo que podamos para sostenerlo. Ya le mandaré á usted más ropa para que lo vista.

El médico, de su parte, midió al niño con una cinta y se fué haciendo números en su cartera, y el señor Drifthassok, agricultor de Up Marden, llevó consigo desde una distancia de dos millas á un viajante que se ocupaba en abonos, para que viese al niño, y el viajante, después de haber preguntado tres veces la edad que tenía la criatura, manifestó que debían haberle hinchado como á los globos. Lo que al parecer le infló á él fué el tamaño del niño, y dejando á los demás que discutieran la razón de por qué estaba hinchada la criatura, dijo que debían llevar á esta á una exposición de niños.

A todas las horas del día, excepto las de clase, la casa de Caddles parecía un jubileo de chicos que decía:

—¿Nos hace usted el favor de dejarnos ver al nene?

Y tanto marearon á la señora Caddles, que tuvo esta que poner término á la peregrinación.

En aquellos momentos de admiración general fué cuando llegó la señora Skinner: esta permaneció con los brazos cruzados cogiéndose los codos con sus dedos huesudos y se sonrió, unas veces

contrayendo la boca únicamente, y otras arrugando la parte superior de la cara.

—Hasta la miserable abuela se hace más simpática con todo esto — dijo la señora Wondershoot, — y eso que maldito si me agrada que haya vuelto al pueblo.

Las personas caritativas, que se cuelan por todas partes, no dejaron de meterse, como era natural, en la casa de Caddles, pero el niño-fenómeno evidenció con sus horribles gritos, que la caridad no había sido muy generosa al proveer su biberón.

El muchacho tenía derecho á ser, durante nueve días, la maravilla del pueblo, por ser lo que suelen durar las maravillas, pero lo fué mucho tiempo más, porque la gente siguió asombrándose al ver que la prodigiosa criatura, lejos de estancarse, seguía en su crecimiento con más fuerza que nunca, sin dejar su puesto á otra maravilla.

La señora Wondershoot oyó con verdadero espanto lo que le dijo su ama de llaves señora Greenfield, y se salió de sus casillas.

—¿Con que está ahí otra vez la Caddles diciendo que no tiene que dar de comer á su hijo? ¡Imposible! Ese niño devora como un hipopótamo. Eso no puede ser cierto de ninguna manera.

—Procure la señora que no la engañe esa gente.

—¡Es tan difícil entenderse una con ella! Lo

mejor será que vaya usted esta tarde á esa casa y que vea comer al niño; podrá ser muy grande, pero no creo que necesite más de seis pintas de leche diarias.

—Por lo menos, yo no veo razón para ello — replicó la señora Greenfield.

A la señora Wondershoot le temblaban las manos con esa emoción peculiar de la Sociedad Organizadora de la Caridad, con esa destemplanza sospechosa de todos los aristócratas linajudos al pensar que los pobres sean, después de todo, como ellos mismos, y además, y esto es lo que les escuece, que sean los que más supongan en la baraja humana.

La señora Greenfield no pudo descubrir derroche alguno en la visita que hizo, y se dió la orden para que se le aumentara la ración diaria á Caddles.

Poco tiempo después volvió Caddles á la casa grande de la señora, disculpándose con humildad y diciendo:

—Hemos tenido el mayor cuidado con las ropas, señora Greenfield, pero el chico las ha reventado. Con tal fuerza estallaron, que uno de los botones rompió un cristal, y otro me hizo este chichón, que puede usted ver.

La señora Wondershoot quiso hablar con Caddles cuando le dijeron que el hijo de éste había reventado las hermosas ropas de la Sociedad Ca-

ritativa, y el buen hombre compareció ante la dama con el cabello humedecido y alisado con la mano á todo correr, sin aliento y cogiendo el ala del sombrero á manera de cinturón salvavidas, y entró tropezando en la alfombra á consecuencia de su atolondramiento y de la angustia de su espíritu.

La señora Wondershoot se complacía en atormentar á Caddles, que era para ella la representación ideal de la gente de baja esfera, ora desleal, ora fiel, unas veces abyecto, otras trabajador, é incapaz de toda responsabilidad, y, al verlo, le dijo que aquel modo de crecer y desarrollarse su hijo, era una cosa muy grave.

—Señoría: es el apetito que tiene — le dijo Caddles conmovido. — No se le puede aplacar la gana de comer que tiene, señoría, pues patalea y grita de un modo que da pena. ¡Si lo viera su señoría! No tenemos alma para resistirnos; y si la tuviéramos pronto intervendrían los vecinos.

La señora Wondershoot consultó con el médico municipal.

—Lo que yo quiero saber es — dijo á éste, — si hay razón para que ese niño disfrute de tan extraordinaria cantidad de leche.

—La ración conveniente para un niño de esa edad — contestó el médico, — es de pinta y media ó dos cada veinticuatro horas. No comprendo por qué ha de ser usted quien le provea de mayor

cantidad. Si lo hace usted es por su propia generosidad. Debíamos de probar unos días á darle sólo la ración correspondiente. Pero hay que admitir también que por alguna razón este niño es fisiológicamente distinto de los demás. Es posible que sea lo que se llama un caso de hipertrofia general.

—Estoy segura de que los demás vendrán con quejas, pues realmente no es obrar bien con el resto de los niños del lugar si esto continúa como hasta ahora — exclamó la señora Wondershoot. — No veo por qué ha de exigirse á nadie que dé más ración que la estipulada. Insisto en que pueden arreglarse con lo que se les da, y si no, que envíen el niño al hospital como caso raro. Supongo — añadió la señora Wondershoot dirigiéndose al médico, — que fuera del apetito y del tamaño descomunales no encuentra usted en la criatura nada anormal, nada monstruoso...

—No, no he encontrado nada; pero no dudo que si persiste ese desarrollo, encontraremos graves deficiencias morales é intelectuales. Se puede vaticinar esto por la ley de Max Nordau, filósofo grande y celeberrimo, señora Wondershoot, el cual descubrió que lo anormal es... anormal, descubrimiento valiosísimo y digno de no ser olvidado... Yo lo encuentro de una gran ayuda en el ejercicio de mi profesión. Cuando tropiezo con algo que se sale de lo normal, digo en seguida: — Esto es anormal.

La mirada del doctor se hizo profunda, su voz se hizo grave, sus maneras llegaron al límite de la intensidad confidencial, y levantando solemnemente una mano, añadió:

—Y entonces, trato el caso en ese sentido.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO